LA MATANZA RITUAL QUE ESTREMECIÓ A TODA UNA SOCIEDAD

JUAN BASTERRA

TATA DIOS

BASADO EN HECHOS REALES

BÄRENHAUS

LA MATANZA RITUAL
QUE ESTREMECIÓ
A TODA UNA SOCIEDAD

JUAN
BASTERRA

TATA DIOS

BASADO EN
HECHOS
REALES

BÄRENHAUS

BÄRENHAUS EDITORIAL

ÍNDICE

Prólogo 11
Los apóstoles de Tata Dios 13
1. 2 de enero de 1872. Plaza de las carretas 15
2. El Mesías 17
3. Azul. El encuentro 23
4. Los Apóstoles 27
5. Tandil y sus alrededores. La leva 39
6. Tandil. La piedra. 43
7. Tandil. Los ladrones 47
8. El rencor 51
9. Noviembre de 1871. Estancia "La Argentina". Puesto "La Rufina" 55
10. 3 de diciembre de 1871. El bautismo 59
11. El escenario 61
12. La bandera 65
13. Los masones 67
14. El indio 71
15. El juez de Paz 73
16. El extranjero 77
17. 27 de diciembre de 1871. "La Rufina". Las instrucciones 79
18. 29 de diciembre de 1871. "La Rufina". La decisión 81
19. 30 de diciembre de 1871. Estancia "Dos hermanos"... 83
20. 31 de diciembre de 1871. Peñalverde 85
21. 1 de enero de 1872. La matanza 89
22. La salvación 95
23. El castigo 97
24. El traslado de los apóstoles 101
25. Tandil. 1 de enero de 1872. La llegada de los cuerpos .. 105
26. Enero de 1872. Las repercusiones 109
27. Prisioneros y fugados 111
28. Los condenados 115
29. 13 de septiembre de 1872. Los fusilamientos 119
30. Juzgado de Tandil. Prisión y muerte 123
Glosario 129

BÄRENHAUS EDITORIAL

PRÓLOGO

Este es un libro de ficción. Rescata un hecho excepcional de la historia argentina, pero su desarrollo, sus tipos humanos y hasta algunos aspectos de su desenlace, son un eco débil de la verdad acontecida hace más de ciento cuarenta y seis años.

La verdad —en la mayoría de los casos— tiene una vida breve, eso lo sabemos muy bien. Las impresiones contrarias, los diferentes intereses puestos en juego, la falta de exactitud en el juicio, la dificultad en la transmisión de cualquier hecho general o de cualquier detalle —y en el caso particular que nos toca—, la enorme variedad de los pormenores, sumados a la interpretación subjetiva que encuentra en los hombres que escuchan o leen y la necesaria libertad que debe adoptar una persona que escribe una obra de imaginación —sin contar con el paso del tiempo que imperceptiblemente va borrando los contornos de lo vivido—, conspiran para que esto suceda de esta manera y no de otra. La mayoría de nosotros tendría serios problemas en recordar con nitidez la suma innumerable de hechos que pueblan nuestro más reciente pasado; el día de ayer, por ejemplo. Rescatar un hecho tan lejano en la plenitud de la verdad, es una tarea imposible, entonces, y tampoco ha sido la intención que me ha gobernado al escribir el libro.

BÄRENHAUS EDITORIAL

Juan Basterra
Resistencia, mayo de 2018

LOS APÓSTOLES DE TATA DIOS

1. Cruz Gutiérrez, **2.** Juan Villalba,
3. Esteban Lasarte (a) Casimiro Ramos,
4. Antonio Ponce, **5.** Francisco Rodríguez (a) “Anatolio”,
6. Gregorio Larrea, **7.** Juan C. Moreno, **8.** Pedro Torres,
9. Claudio Villarroel, **10.** Juan Ferreyra,
11. Benito Lasaso, **12.** Juan Arballo, **13.** Santos Pereyra

Daguerrotipo de los trece apóstoles de Tata Dios, tomado en el juicio contra los detenidos. Gerónimo G. Solané (Tata Dios) no está presente en el mismo ya que fue asesinado en el calabozo del juzgado local antes del juicio.

1. 2 DE ENERO DE 1872. PLAZA DE LAS CARRETAS

Fúnebre era hasta el cielo. Hacia occidente los nubarrones abarrotaban la extensión de lo visible y sobre el apisonado de Tandil el polvo tejía remolinos al paso de los penitentes. Como un anfiteatro griego, los cerros circundantes acentuaban el carácter trágico y mortuorio del desfile. Precedidos por el presbítero José Rodríguez y dos monaguillos, dos carros apilaban los féretros de las familias Gibson Smith y Chapar y por detrás, la procesión de los portadores a pulso recordaban las bandadas de jotes que coronan los cielos sepulcrales.

BÁRBENHAUS EDICIONES

Del pueblo no falta casi ninguna de las cuatro mil almas. El hedor es insoportable. Enero está en su apogeo y el calor hace presa de la carne de hombres y animales. Algún que otro llanto agrega solemnidad al recorrido de los finados desde la iglesia mayor hasta el cementerio. Se habla bajo y no solamente en español. El vasco, el italiano, el francés y hasta el danés, tejen un sonido monocorde para el que tiene oído fino y entrenado.

La procesión llega a buen puerto. A un lado de los primeros panteones —realizados en la más estricta estatuaria funeraria y en los que en altorrelieve, entretejidos frutos, guirnaldas y urnas alternan con ángeles ascensionales— los cipreses jóvenes se mecen con la majestad y la calma que conviene a su ministerio de

árboles guardianes. El más riguroso luto viste a los deudos alineados a los costados de los parterres. La hiedra viste los blancos muros vecinos.

Las fosas están preparadas, desde temprano. Treinta y dos aseguradas. Alguna más por si hiciese falta. Hay todavía heridos en el hospital.

Los ataúdes más humildes ganan la profundidad del suelo. Los féretros de la familia Chapar —bajeles de un viaje sin retorno— ingresan en un panteón provisorio.

Son los muertos del "Tata Dios"; niños, adultos y ancianos. Durante el funeral los cajones estuvieron cerrados. Los ojos abiertos de algunos de los muertos hubiesen impedido cualquier solemnidad, cualquier confortación, cualquier recuerdo venturoso.

Son los degollados, chuceados y arcabuceados de Tandil. Hay una historia que merece ser contada.

BÄRENHAUS EDITORIAL

2.
EL MESÍAS

Gerónimo Solané fue su nombre. Para muchos fue sobre todo el "Tata Dios" o "San Gerónimo". Para otros, un vago, un ladrón y un charlatán.

El sombrero de paja y el pañuelo negro disimularon su osatura craneal. Vistió chiripá de bayeta o pantalón oscuro, cinto con rastra de plata de seis ramales, camisas rústicas y bastas y blusas corraleras.

Ponchos, tuvo dos: uno calamaco y otro pampa, a los que premonitoriamente llamaría los "ponchos de mi aflicción". Debajo de las caronas del recado guardaba un facón caronero de hoja de espada. Calzó botas de potro de un tamaño desmesurado y llevó el pelo y la barba blanca crecidos, como conviene a un gaucho predicador.

Nunca mentó su procedencia. Se hablaba de raíces chilenas, entrerrianas o santiagueñas. Su padre había sido francés; su madre —se decía—, araucana. En la batalla de Pavón había oficiado como artillero a las órdenes de Juan Saá en el ejército de la Confederación Argentina y después de la derrota, desertado. Para evitar un castigo inminente —en tiempos en que este delito se pagaba con el reenganche, el embargo de bienes propios y familiares, la prisión, y en casos excepcionales, la muerte—, realizó un tránsito hacia Bolivia. Nunca

BÄRENHAUS EDITORIAL

desmintió estas historias. Sabía muy bien que la leyenda debe preceder al hombre como el grito al combate.

Su caballo era un bayo de gran alzada y crin perfecta. A Solané le gustaba hablarle al oído. Lo quería como se quiere a un hijo y siempre repetía:

—No hay ninguno como él. Podría devorarse a un cristiano con todos sus fierros.

Un testigo contemporáneo, el español Manuel Suárez Martínez, describió su última morada en la estancia "La Argentina":

"Una pieza de seis varas de largo, cuyas paredes eran de chorizo (barro y paja) y el techo de paja, a dos aguas. Tenía puerta en cada mojinete y estaba dividido, por medio, con un tabique de arpillera. El mojinete que daba hacia el palenque donde estaba su bayo, situado muy cerca de la puerta, era la sala en la que el secretario recibía a los enfermos, que esperaban por su turno. Había en dicha sala varias sillas, una de ellas en un rincón junto al tabique de arpillera. Al lado opuesto del tabique estaba la habitación de Solané donde guardaba sus papeles, entre ellos la lista de todos los complicados, el pavo de cuatro patas 'que hacía milagros', frascos llenos de huesos de aceitunas, alfileres retorcidos y otras yerbas, con que, el ladino curandero, engatusaba a su clientela".

BARENHAUS EDITORIAL

En el inventario sustanciado después de su detención final en Tandil figuraron una *Guía de la Salud* en gran formato y dos pequeños libros titulados *Sagrada Novena* y *San Ramón Nonato*.

Dentro del devocionario católico de la época y en zonas rurales, las sagradas novenas desempeñaron un culto central en la liturgia de sanación. Algo semejante ocurría con la devoción a San Ramón Nonato, cuya

canonización en el año 1657 por el papa Alejandro VII había permitido que en el mundo católico las matronas, las embarazadas, los niños y hasta los partos, estuviesen bajo santísima protección.

Los otros bienes inventariados compendiaban, en su azarosa proximidad, las utilidades de un hombre de campo y un médico adivino: dos botellas de agua florida, una caja de plumas de acero, una sábana de bramante usada, un mantel de lienzo, una cartera vieja, un pedazo de trementina, un rectángulo de hule, un retrato de dos niños, dos mantas de lana, dos colchones, botellas de agua milagrera, barbijos de cuero, una tina olla, siete frascos pequeños con alfileres y aceitunas, cuatro jarras de vidrio, dos pavas de cobre para el mate, tres tarros de agujas, dos pavos, siete gallinas, dos gallos y el bayo amarillo.

En Azul conoció el cerrojo del presidio, el hambre, las pulgas y la sed. Fue denunciado por ejercicio ilegal de la medicina y ni siquiera su gran verba pudo salvarlo. A quien quisiera oírlo repetía siempre lo mismo:

—No hice nada. Solo traigo la palabra del Señor y el poder de la Naturaleza.

Su manejo de las parábolas y su voz grave y profunda ejercieron un influjo que nadie olvidaría. En cautiverio fueron su mejor defensa. Todos, de alguna manera, lo temieron.

No era analfabeto, como siempre se habría de sostener. Su padre le había enseñado a leer y a escribir a los siete años y a los once le había regalado las *Rimas* de Esteban Echeverría. El niño guardó el libro como un tesoro. Aprendió muchos de los versos de memoria y se enorgullecía de poder recitarlos en voz alta en cualquier casa y en cualquier pulpería. Cada vez que lo hacía, su padre acariciaba su larga cabellera bruna y le decía sonriente:

BARENHAUS EDITORIAL

—Mi pequeño Robespierre.

Sobre el final de su vida, en sus confidencias a Jacinto Pérez, diría:

—Siempre recuerdo lo que dicen. De chico me iba a la iglesia y escuchaba los sermones de los curas. Volvía al rancho y a la noche entrada, me repetía lo que habían dicho. Aprendí de memoria los evangelios. Les agregaba o quitaba cosas. Eso se aprende rápido.

La llegada de Solané a Tandil había estado precedida, de manera amenazadora e infausta, por las noticias que desde Buenos Aires informaban de la llegada del "vómito negro", la temida fiebre amarilla, que solo en el término de seis meses se había llevado las almas de más de trece mil habitantes. La enfermedad se había diseminado en poco tiempo a otras ciudades de la provincia. Morón, por ejemplo. Serían necesarios todavía diez años para que el médico cubano Juan Finlay identificase como agente transmisor de la enfermedad al mosquito *Aedes aegypti* y se vinculase la acción de este al efecto maléfico de las miasmas que circundaban Buenos Aires y a cuyo influjo —sumado a la de las condiciones de hacinamiento, falta de desagües apropiados, los pozos negros, la escasa provisión de agua potable y los saladeros y mataderos de la parte sur de la ciudad—, los médicos de la época asociaban la propagación del mal. Muchos fueron los que atribuyeron la desgracia a los "gringos" llegados desde Europa, entre ellos Tata Dios, que con acento mesiánico declamaba:

—El mal está entre nosotros. Lo traen esos extranjeros en sus barcos. Está en ellos. Ninguno de nosotros sobrevivirá al contacto.

El relato de las agonías; los entierros colectivos de los finados —al comienzo en ataúdes de maderas y al final desnudos y envueltos en trapos, debido a la muerte

BARENHAUS EDITORIAL

de los mismos carpinteros—; la propagación vertiginosa del mal; las últimas inhumaciones nocturnas, dibujaban un fresco de espantos difícil de comprender para un lector contemporáneo. Muchos años después Paul Groussac epilogaría los sufrimientos de esos meses con las siguientes palabras: "*Por centenares sucumbían los enfermos, sin médico en su agonía, sin sacerdote en su dolencia, sin plegaria en su féretro*".

BÄRENHAUS
EDITORIAL

3.
AZUL. EL ENCUENTRO

Ramón Rufo Gómez era un hombre imponente. Su barba era la más larga en los alrededores de Tandil y siempre vestía de negro.

Era alcalde de "Cuartel Segundo" y propietario de la estancia "La Argentina". Cada seis meses abordaba su propia galera —que había ordenado pintar en rojo punzó— y emprendía un viaje hacia la capital provinciana. En uno de esos viajes se detuvo en Azul con su esposa para conocer a Gerónimo Solané, del que ya se empezaba a hablar en Tandil.

BADENHAUS DIGITAL

Un conocido lo advirtió:

—Tenga cuidado con ese hombre. Es un ladino y le puede traer problemas.

Rufo Gómez no lo escuchó. Eran mucho más apremiantes los ruegos y las quejas de su esposa para que encontrase alivio a las migrañas que la aquejaban de manera permanente que todas las prevenciones que podían suministrarle vecinos y extraños.

El mismo hombre que lo había prevenido, le indicó la dirección de la casa prestada en la que vivía Solané. Quedaba en las afueras de Azul y era de una pobreza modesta. Las paredes eran de ladrillo encalado en blanco y los marcos, las puertas y los batientes, de madera de pino. El dueño, de apellido Ochoa, vivía en Buenos

Aires y solamente la visitaba en ocasión de la compra de cueros. En todo Azul se sabía que la amistad de los dos hombres se había fortalecido después de que Solané hubo curado la dispepsia que había martirizado a Ochoa durante casi toda una vida. De todos los que lo conocieron, fue el único que lo llamó con su verdadero apellido, "de Solanet".

Cuando la galera de Rufo Gómez llegó a la casa de Solané —escoltada por cuatro lanceros y con dos postillones en el pescante—, los vecinos pensaron que "el brujo" volvería de nuevo a presidio.

El mismo Solané habría de sorprenderse cuando después de haber hecho pasar a Gómez al desolado recibidor de la casa, este le dijo:

—Quiero llevármelo para el Tandil. Mi esposa anda embromada con los dolores de cabeza y no hay médico ni medicina que atemperen su mal. Me han dicho hombres bien informados, que usted es bueno para esto. Si tiene alguna duda le digo: en mis tierras tendrá casa en un puesto al que llaman "La Rufina" y su sustento. Haga lo que quiera con sus pacientes, puede recibirlos ahí mismo. Nada más le pido me la cure con probidad.

BARENHAUS EDITORIA

—Gracias, señor y agradezco su confianza —Solané trataba de ganar tiempo para dar la respuesta acertada pero no quería perderse en circunloquios que desmejoraran su posición frente a Gómez—. Sé muy bien que su zona es hermosa y próspera y que está poblada por buenos criollos. Desgraciadamente están los gringos, pero no se puede tener todo. ¿Cuándo se marcha de acá?

—Hoy mismo parto para Buenos Aires —respondió Gómez—. Paso nuevamente por aquí en unos ocho días. Espero su respuesta y espero que sea afirmativa.

—Lo pensaré. Es bueno cambiar la querencia de vez en cuando. Lo he hecho algunas veces —Solané estrechó la mano de Gómez—. Lo espero a su regreso.

Cuando la galera se hubo perdido a la vuelta de una esquina y en el polvo que levantaba su andar monolítico, Solané pensó: “Dios no me olvidó. Tendré trabajo por delante”.

BÄRENHAUS
EDITORIAL

4.
LOS APÓSTOLES

Un viejo daguerrotipo de época muestra a trece de los seguidores de Gerónimo Solané.

Siete de ellos llevan pañuelo serenero, y la mayoría, camisa rayada de presidio. Solo uno tiene puesto un saco y el que corona el grupo, Cruz Gutiérrez, un crucifijo al cuello. Antonio Ponce luce en el centro del grupo, pelo y barba encanecidos y mirada confiada. Todos llevan bigote.

El aspecto de los retratados no deja adivinar el esmero con que un hombre de campo hermoseaba su figura. Algunos años antes, el viajero inglés Robert Elwes describiría de esta manera el vestuario de los gauchos bonaerenses:

"Su traje es muy atrayente. Usan calzones muy anchos de lienzo blanco llamados calzoncillos, hermosamente adornados de la rodilla para abajo con calados, y a veces con un fleco de seda que cae sobre el pie. Completan la vestimenta un chiripá, un poncho de color brillante, atado alrededor de la cintura y acomodado flojamente entre las piernas, en forma de grandes pantalones abolsonados; una corta chaqueta y un ancho cinto de cuero con carteras. El cinto, llamado 'tirador', está asegurado por detrás con cuatro o más hileras de patacones, y a él va sujeto un largo cuchillo, de vaina y empuñadura de plata. Sus botas, abiertas en las puntas, son blancas y hechas con

BÄRENHAUS PANCHAL

gran esmero con el cuero de la pata del caballo, sin costura; la abertura en la punta es por donde pasó la tibia del animal. El sombrero es un panamá de paja de ala angosta, rodeado por cintas de colores y usan espuelas de hierro o plata."

De los casi cincuenta hombres que constituyeron el grupo de Tata Dios —un número que jamás se podría probar y que respondía ante todo a la estimación de los testigos y a las confesiones posteriores de los enjuiciados— de diecisiete a veintitrés fueron los que ejecutaron e hicieron justicia a la orden de Solané transmitida por Jacinto Pérez:

—Hagan lo que está ordenado y los pecados de toda una vida les serán perdonados. No hay mal en ustedes. Cumplan mis órdenes y háganlas cumplir.

El cabecilla nominal fue el mismo Jacinto Pérez. Conocido como "el adivino"," o "San Jacinto", tenía rancho y chacra en "Peñalverde", hacia la sierra "Las ánimas". Fue el intercesor de Solané porque, a pesar de ser casi analfabeto, era rápido para la réplica y los versos. Como curandero tenía varios años, y era lo suficientemente inteligente y ladino para darse cuenta de que el único camino que le quedaba para permanecer en el oficio era asentarse a la sombra de Solané. En pocas semanas ya había aprendido la prédica de su jefe y se guardaba muy bien de transmitir su estilo a los demás.

—Soy el que precede al otro, al enviado de Dios a estas tierras —declamaba los días previos a la llegada de Solané—. Solo en mí y en él está el camino.

Para casi todos los iniciados, no era falta precisar quién era ese "otro".

En ese entonces las noticias corrían rápido por la Provincia. Importaban poco las distancias, los caminos

BARENHAUS EDITORIAL

impracticables, los ataques esporádicos de indios y ladrones, las grandes soledades de esas pampas indomeñables. Los rumores viajaban en el pampero a ras de los árboles, en los carreteros que sobre el pértigo picaneaban a las yuntas de bueyes, en las primeras galeras descomunales con tiro de diez caballos —y que las primeras mensajerías utilizarían para el transporte de personas, correspondencia y carga—, en jinetes exhaustos que oteaban el horizonte buscando la próxima posta, en desertores disimulados bajo el disfraz de vendedores ambulantes, en las mismas milicias que prolongaban las fronteras hacia el confín de un continente desmesurado e incomprensible.

Jacinto Pérez supo de Gerónimo Solané mucho tiempo antes de que sus manos se encontraran en el alero de "La Rufina", de que sus ojos reconocieran en los ojos del otro la misma voluntad, la misma determinación, la misma sangre que hacían nido en su pecho. Los cuentos sobre Tata Dios revoloteaban por la zona como los chimangos en busca de la presa. Solo era cuestión de tiempo para el encuentro y ese tiempo había llegado.

DARENHAUS EDITORIA

Unos días antes de la primera visita, Rufo Gómez había cabalgado con Solané por los alrededores de Tandil para mostrarle las querencias y los vecinos del lugar. Del fondo de uno de los ranchos una sombra se estiró hacia el firmamento: era Jacinto Pérez. A Solané le llamaron la atención la gallardía y el orgullo de aquel hombre.

—¿Quién es ese? —preguntó, señalando con el cabeceo a Pérez.

—Es un cuentero. Dice que cura, pero no es como usted. Se llama Pérez. Cuídese de él. Tiene mala lengua.

A Solané le agradó el comentario.

Pocos días después, Jacinto Pérez ensilló el caballo y enfiló hacia "La Rufina". Era de atardecida.

—Mis respetos —adelantó Jacinto mientras desmontaba del moro y se dirigía con paso firme hacia Solané.

—Buen día, hace rato que lo espero —contestó Solané.

Esas fueron las primeras palabras que cruzaron estos dos hombres al borde del crepúsculo que iba ganando el terreno. Vistos de lejos ofrecían, cada uno de ellos, la imagen especular del otro. Matearon un rato. Su entendimiento fue instantáneo, interno e intuitivo.

Antes de despedirse, Solané le dijo:

—Parezco bruto pero no lo soy. Sé escribir y leer. Tengo algunos pensamientos de los que me gustaría hablar otro día. Usted siga con lo suyo.

Cruz Gutiérrez, a quienes algunos llamaron Crescencio Montiel, fue uno de los primeros seguidores de Jacinto Pérez. Había nacido en las proximidades de Tres Arroyos pero la vida de arreador lo había conducido por unos años a Dolores, donde se había amancebado. Alguna mano le dio al "adivino" en el comienzo de su apostolado porque tenía lengua rápida y se hacía oír con gusto por el paisanaje. Los momentos perdidos los gastaba en la pulpería "La blanqueada", donde alternaba la taba y las bochas. Era rápido para los números y los negocios y por sobre todas las cosas, honesto. Jacinto Pérez le daba los pesos que se ganaba a diario y Gutiérrez los guardaba en el cinto.

BARENHAUS EDITORIAL

Entre los seguidores más leales hubo tres milicos: José María Pérez, antiguo teniente de Guardias Nacionales en el Fortín Tres Arroyos; Pedro Rodríguez, sargento en la misma fuerza y Gregorio Larrea, soldado de cuerpo.

Las Guardias Nacionales fueron un desarrollo natural de los diferentes tipos de milicias que habían caracterizado la acción militar de los patriotas en el Río de la Plata. Las constituían hombres de 17 a 60 años —a excepción de abogados, médicos, procuradores, notarios, escribanos, capataces de hacienda y boticarios

cuyo capital excediese los cuatro mil pesos, y enfermos y hombres con "defectos físicos" ostensibles—, y tenían como principal función la defensa de la Constitución y la protección de villorrios, pueblos y ciudades de las diferentes agitaciones que eventualmente podían afligir al país. El cumplimiento efectivo era de seis meses, pero el mal comportamiento de los soldados, la desidia de los oficiales y algunos jueces de paz —que en muchas ocasiones eran a la vez comandantes de las mismas tropas—, el amotinamiento de muchas de estas y el posterior control que se debía ejercer sobre las mismas, convertían esos breves meses en un tiempo incierto del que nunca se precisaba su término, pero en el que no quedaba excluida ninguna de las penalidades imaginables.

La estructura del ejército de línea era diferente. Los cuerpos de infantería, caballería y artillería que lo constituían estaban formados por hombres reclutados por el sistema azaroso de la leva —condición que habría de cambiar a partir del año 1901, con la creación del servicio militar obligatorio— y muchos de ellos realizaban un tránsito ininterrumpido entre las condiciones sucesivas de "gaucho vago", "soldado fortinero", y nuevamente "gaucho vago" y por añadidura, desertor. La mayoría de estos hombres no podía saber, ni sabría nunca, que pocos meses después, un periodista y poeta federal, el bonaerense José Hernández, recogería muchos de sus infortunios y sufrimientos en un largo poema, la primera parte del *Martín Fierro*, que no hubiesen estado en condiciones de leer. Casi todos eran analfabetos.

BARENHAUS EDITORIAL

De los tres guardias nacionales, sobresalió José María Pérez. En las tareas de reclutamiento y traslado hacia el rancho del "adivino" fue la pieza esencial de los hombres que secundaron a "Tata Dios", cuyo influjo, como el de ciertos astros, solo se verificó de lejos. Fue

responsable del acercamiento y el control de al menos doce de los hombres de Jacinto Pérez. Para el ejercicio de esa función organizativa mostró siempre una severidad religiosa.

Pedro Rodríguez, el sargento, había robado ovejas y tenía cuentas con la justicia. Actuó como punta de lanza en los acontecimientos del 1° de enero y siempre sería recordado por su voz bien timbrada y su habilidad para el payado. Durante años había primado su destreza en estos menesteres y no había nativo ni forastero que pudiese con él. Como un anuncio de su futuro, recitaba los versos mazorqueros debidos a Hilario Ascasubi:

"Mirá gaucho salvajón
Y no pierdas las esperanzas
De hacerte saber qué cosa
Es tin tin y refalosa
Unitario que agarramos
Lo estiramos;
o paradito nomás,
por atrás, lo agarramos
lo amarran los compañeros
por supuesto, mazorqueros,
y ligao
con un maniador doblao
ya queda codo con codo
y desnudito ante todo.
¡Salvajón!
Aquí empieza su aflicción.
Luego después a los pieses
Un sobeo en tres dobleces
Se le atraca,
Y queda como una estaca,
Lindamente asigurao

BARENHAUS EDITORIAL

Y parao
Lo tenemos clamoriando;
Y como medio chanciando
Lo pinchamos,
Y lo que grita, cantamos
La refalosa y tin tin,
Sin violín.
Pero seguimos el son
en la vaina del latón,
que asentamos
el cuchillo, y le tantiamos
con las uñas el cogote
¡Brinca el salvaje vilote
que da risa!
cuando algunos en camisa
se empiezan a revolcar,
y a llorar,
que es lo que más nos divierte;
de igual suerte
que al Presidente le agrada,
y larga la carcajada
de alegría,
al oír la musiquería
y la broma que le damos
al salvaje que amarramos.
Finalmente:
cuando creemos conveniente,
después que nos divertimos
grandemente decidimos
que al salvaje
el resuello se le ataje;
y a derechas
lo agarra uno de las mechas,
mientras otro

BARENHAUS EDITORIAL

lo sujeta como a potro
de las patas,
que si se mueve es a gatas.
Entretanto,
Nos clama por cuanto santo
tiene el cielo;
pero ahí nomás por consuelo
a su queja:
abajito de la oreja,
con un puñal bien templao

y afilao,
que se llama el quita penas,
le atravesamos las venas
del pescuezo.
¿Y qué se le hace con eso?
Larga sangre que es un gusto,
y del susto
entra a revolver los ojos.
¡Ah, hombres flojos!
hemos visto alguno de éstos
que se muerden y hacen gestos
y visajes
que se pelan los salvajes,
largando tamaña lengua;
y entre nosotros no es mengua
el besarlo
para medio contentarlo
¡Qué jarana!
nos reímos de buena gana
y muy mucho,
de ver que hasta les da chucho;
y entonces lo desatamos
y soltamos;
y lo sabemos parar

BABENHAUS EDITORIAL

para verlo refalar
¡en la sangre!
hasta que le da un calambre
y se cai a patalear
y a temblar
muy fiero, hasta que se estira,
le sacamos
una lonja que apreciamos
el sobarla,
y de manea gastarla
De ahí se le cortan orejas,
barba, patilla y cejas;
y pelao
lo dejamos arrumbao,
para que engorde algún chancho,
o carancho.
conque ya ves, Salvajón;
nadita te ha de pasar
después de hacerte gritar:
¡Viva la Federación!"

DARENHAUS EDITORIAL

Algunos de estos hombres tenían pasados federales y eran diestros en el manejo del degüello. Acostumbrados al desjarretado —ese viejo arte consistente en seccionar el jarrete ubicado arriba del garrón para que el animal no pueda patear ni darse a la huida—; a la cuereada, la sebeada y la graseada, no fueron menos hábiles y decididos a la hora de aplicar los diferentes tipos del degüello humano: "el oriental", que abre una honda fosa de oreja a oreja, seccionando carótidas y yugulares; "el brasilero", de golpe fuerte y certero en la nuca con seccionamiento de la médula y la tráquea y "el argentino" —practicado por económico—, con dos cortes laterales en la parte delantera del cuello.

El más taciturno de los hombres de Jacinto Pérez fue Juan Crescencio Moreno. No hablaba casi nunca o solo lo indispensable. Parecía un viejo, y probablemente lo era. Santiagueño, había sido aprendiz de matarife y sebeador en saladeros de la ciudad de Buenos Aires —en tiempos en que el charqueado abastecía millares de barriles de carne salada para los estómagos de los esclavos de Brasil, Cuba y los Estados Unidos de América—, y esos oficios lo habían acostumbrado a vivir plácidamente en la proximidad de la sangre y la hediondez más absolutas. Siempre sería recordado por su pericia para el manejo del lazo, lo que motivaba que Pedro Rodríguez, cuando estaba en vena y quería complacerlo, le recitase los versos de Estanislao del Campo:

"Si es hombre trabajador,
Ande quiera gana el pan:
Para eso con uste van
Bolas, lazo y maniador."

BARENHAUS EDITORIAL

Estos serían algunos de los hombres que al mando de Jacinto Pérez y bajo el estandarte punzó atravesarían las calles de Tandil al grito de "¡Viva la Confederación Argentina y la religión!", arrasando en su huracanado paso la vida de treinta y seis inocentes en una ordalía de mutilación, espanto y muerte que nadie olvidaría.

En las noches ventosas, mientras el Pampero doblega con su tránsito la estatura de hierbas, arbustos y árboles —sometiendo la orgullosa altura del puma y el ciervo, el tránsito sagaz de la serpiente, el penacho oscuro del benteveo—, desde el fondo inmemorial de la planicie extendida hacia un abismo del que nunca se precisa su término y en un tiempo que está fuera de todos los tiempos, llegan todavía hasta nosotros los ecos lejanos

del sufrimiento y el júbilo de sentenciados y ejecutores; las imágenes de un infierno y un cielo que como los lados opuestos de una misma moneda, dibujan el destino ineluctable de los desdichados.

BÄRENHAUS
EDITORIAL